

AQUÉL QUE VIVÍA CONSIGO MISMO

Alondra Jauregui Reyes

Lic. en Letras Hispánicas, UAA, 6° semestre

8

Antes de oír y ver, olí. Olí la bocanada de aire que, como un golpe furioso, se estampó en mi nariz, abriéndose paso hasta llegar a mis pulmones, llenándolos de aquello que no conocía y se llamaba vida. Antes de ver y oír, sentí. Sentí mi pecho expandirse, hincharse, y estirarse mi piel por la recién descubierta acción de subir y bajar. Al saber que podía oler y sentir, yo oí, y no oí otra cosa más que a mí, a mis huesos girar y crujir, el aire que trepaba a mi nariz y se liberaba como silbido, mi sangre correr por mis oídos y mi saliva nadar en mi boca. Después me quedé ahí, siendo consciente de mi pie, mis rodillas, mis muslos, mi torso, mis manos, mis brazos, mis hombros, mi cuello; hasta que el hilo que unía todas mis extremidades se deshizo en mis ojos y me dejó abrirlos. Entonces pude ver y no vi nada.

Esa nada no era un cuarto blanco e infinito, eso habría sido algo; lo que sobre mí se cernía era la nada absoluta y en esa nada yo pensé que ahora que podía oler, sentir, oír y ver, al fin mis sentidos me decían una cosa, una certeza que tendría durante mucho tiempo: yo estaba solo. No lloré ni sentí miedo porque no sabía lo que era aquello, aún conversaba con mi mano, a quien apenas descubría que era mano, todavía discutía con mi pie sobre cuál dedo mover primero o hacia qué dirección girar mi tobillo como para preocuparme sobre cosas como el miedo.

En esa conversación con mi cuerpo pude voltear mi cuello para dirigir mis ojos hacia la nada y supe entonces que debía levantarme; la tarea fue exhausta. Imagina que tenía un cuerpo y sabía cómo funcionaba después de muchos años de descubrirlo en tan relajada posición, sabía cómo mover el dedo hacia arriba y abajo, pero no que podía plan-

tarlo en el piso junto con mi palma e impulsarme hacia arriba. Imagina que sabía que mi rodilla giraba, pero no que podía doblarse si arrastraba mis pies hacia atrás. Ahora imagina que sabía que tenía dos brazos y dos piernas, pero no que poseían algo llamado fuerza, la cual me elevó y me permitió estar de pie. Fue fascinante descubrir que hace unos momentos estaba ahí recostado y ahora mis piernas sostenían todo lo que yo era.

Di mis primeros pasos tambaleantes, uno después del otro, hasta que mis rodillas dejaron de sacudirse. Pude caminar y caminé sin dirección, tal vez para buscar el final de esta nada o sólo por el gusto de sentir algo bajo mis plantas. Jamás me cansé, no sentí dolor ni me detuve a dormir. Ese día probablemente no me hubiera detenido, de no ser por lo que encontré; no sabía lo que era o por qué estaba allí. Tú podrías decir que era un espejo o una superficie cristalina muy extraña porque no me reflejaba a mí, sino a algo más.

Me acerqué cauteloso, dado que en la nada jamás había visto algo además de mí. Lo primero que noté fue un árbol en lo alto de una colina y, recostado en éste, lo vi a él, a ella o a eso. Fuera femenino, masculino o neutro, no importaba, porque era hermoso. Yo creo que era una ella, un ser femenino. Tal vez no lo era, pero para mí lo ha sido. La miré por mucho tiempo hasta que se dio cuenta de mí y dirigió sus ojos hacia donde yo estaba.

Sus ojos eran el universo, las estrellas parpadeaban sobre sus pupilas y la nebulosa recorría el espacio en su mirada, sus cabellos eran los ríos y se extendían por kilómetros en delicadas ondas, su cuerpo era una nube y su boca era la luz. La luz me sonrió y con su cálida bienvenida también yo aprendí a sonreír.

No se sorprendió de verme, sino de verme solo. Me preguntó qué hacía allí, cuál era mi nombre y dónde estaba mi creación. Yo no entendí nada en aquel entonces, la lengua y el habla eran facultades para mí desconocidas y ella lo supo al no obtener respuesta. Así que tomó una piedra a sus pies y dijo: “Esto se llama piedra, P-I-E-D-R-A”. Repitió piedra hasta entender que eso en su mano era una piedra; lo mismo hizo con la flor, el musgo, el pasto, el pez, las estrellas, el sol, las montañas. Cuando supe cada nombre de cada cosa, aprendí las palabras fuerte, hermoso, débil, alto, bajo, sí, no, para, todavía, mejor, quisiera; mil palabras más y expresiones aprendí de ella. De este modo me enseñó las lenguas que sabía, pero no hablé hasta que supe su nombre, dejándolo vibrar en mis cuerdas vocales, balancearse en mis dientes y salir como suspiro por ella. Entonces rio y el universo se iluminó y, con su risa, yo aprendí lo que era la felicidad.

Hablamos, hablamos mucho. Me contó que, al igual que yo, despertó en la nada y sin saber cosa alguna. Recorrió su mundo y evolucionó con él, entonces supo hacer montañas y ríos con su mano. Me enseñó a hacer lo mismo con la mía, a colorear el cielo, a inflar nubes, a silbar hojas, a tomar una pestaña y hacer la luna, así como a tomar un cabello y hacer el sol. Llené mi mundo de todo lo que ella tenía en el suyo, pero en mi réplica jamás pude hacer dos cosas: no pude crear algo que se moviera, hablara, pensara y me adorara como a ella sus criaturas, pero sobre todo, no pude hacer que existiera junto a mí; traté con barro, pero se deshizo, la hice de flores y se marchitó, la hice de madera y se pudrió.

10 Ella sólo miraba mis intentos sin decirme nada, porque también quería estar a mi lado. Cuando gasté el último intento, me dijo que tal vez podría hacer al espejo blando por unos momentos para que yo pudiera pasar, pero el costo sería grande para ambos. No me importó. Crucé a su mundo una mañana. Ella estaba frente a mí, tan hermosa. Mis pies se movieron sin mi orden, y mi mano se alzó en busca de su rostro, y cuando lo tuvo, lo acarició trazando círculos que me acercaban más y más a ella, hasta que el aire del mundo fue nuestro aire y mis labios tocaron los suyos. En ese momento aprendí a amar.

Nuestro abrazo hizo rugir la tierra, los mares se alzaron, los volcanes explotaron, los árboles cayeron y el cielo se inundó de fuego. Sus criaturas, a las que ella tanto amaba, morían atravesadas por el caos de nuestra unión, pero hubiera dejado que todos ellos murieran, sufrieran, chillaran y le rogaran en vano que los dejara vivir, habría tomado de buena gana la destrucción de su mundo y el mío si eso me permitía estar a su lado y, si nuestro final llegaba por mi egoísmo, no hubiera sentido otra cosa más que el máximo goce por morir acompañado de quien amo cuando hace tanto nació solo.

Pero ella no lo deseaba, no quería verme morir, ni que sus hijos murieran. Me amaba, me ama y me amará, por eso me empujó hacia el espejo. Me ama y por ello lo cerró para siempre, por eso lloró y gritó hasta el cansancio, por eso golpeó el espejo hasta que miles de grietas aparecieron en él, por eso me dijo que lo sentía mucho cuando el último pedazo de cristal cayó al suelo. Yo sólo pude verla y oírla. Al hacerlo, aprendí una cosa: aprendí a llorar, a sentir tristeza, dolor y, por primera vez, aprendí a tener miedo, miedo de saber que jamás estaría a su lado, jamás la vería; miedo de recordar la certeza que he tenido durante mucho tiempo: yo siempre estaría solo.



Las formas del cuerpo, Mateos C. Petroicroco.